



# Tejocote

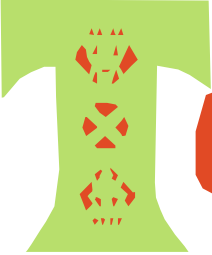










 Tejocote





Red de Docentes  
Transdisciplinar  
de México S.C.  

---

Educar con sentido humano





# Tejocote

Cuentos de la Sierra Mexicana



Recolección y adaptación  
Angelina Saldaña de Gibbons

Ilustraciones  
Richard P. Gibbons

Primera edición, 1971, Editorial Novaro de México

Segunda edición, 2024

D. R. © 2024 Angelina Saldaña de Gibbons

D. R. © 2024 Red de Docentes Transdisciplinar de México, S.C.

Recolección y adaptación:

Angelina Saldaña de Gibbons

Ilustraciones en papel crepé cortado por Richard P. Gibbons

Corrección, lecturas y cuidado de la edición: Aleida Martínez García

Diseño: Jorge García Patiño

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos patrimoniales.

ISBN: 978-607- 2661-00-4

Impreso y hecho en México.



# Índice

|                    |    |
|--------------------|----|
| Presentación       | 7  |
| La oreja del Pingo | 9  |
| El capitán del rey | 15 |
| La culebra         | 23 |
| La burra encantada | 28 |
| Los 3 consejos     | 36 |
| La apuesta         | 42 |





## Presentación

**T**ejocote es una colección de cuentos originalmente publicados en 1971 por la Editorial Novaro de México. En la versión en español, los cuentos tienen algunas palabras que usan en los pueblos, mismas que transcribimos exactamente como los campesinos las dijeron en mi grabadora. Los cuentos fueron grabados en 1968, en la región de los Volcanes en Atlixco, estado de Puebla. En una versión o en otra, estos cuentos han sido relatados por generaciones en muchos lugares de la parte central de la República mexicana.

El escuchar estos cuentos nos parece regresar a la niñez porque se disfruta oír acerca de héroes y tramposos, de bellas damas y de viejos muy astutos. La valentía y la buena suerte de alguien como Juan Soldado, nos recuerdan la de los héroes en las historias de Europa, Asia y África.

Pero la aventura Los Tres Consejos es únicamente mexicana. El anciano con su perro muy listo no es nada menos que Tláloc, el dios azteca de la lluvia y su perro representa el relámpago, quien guarda especialmente a las víctimas de inundaciones o de sufrimientos grandes.

Cada cuento tiene una fuerte lección moral y un poder particular donde se combina el personaje con la acción. Para las personas que los cuentan, la magia es una parte necesaria de la vida. Son personas que hablan el náhuatl como lo hablaban los aztecas y los apaches.

Así que este libro, *Tejocote*, nos dice de todo eso; bueno, casi, pero primero es necesario saber que...

Tejocote es una clase de fruta

Tejocote es el árbol donde crece la fruta

Tejocote también es un pueblito mexicano llamado San Miguel Tejocote.

Y ahora hay que conocer a don Paciano. Él es un viejo leñador y también un carbonero que narra los cuentos a los niños de San Miguel Tejocote.

Estos cuentos son de niños y niñas, culebras y coyotes, hasta de brujas y espíritus. Los cuentos son nuevos porque buenos cuentos son nuevos, pero también son muy viejos. Pues a don Paciano se los contaron cuando era un niño pequeño. Él dice que pasaron hace mucho, mucho tiempo.

Y el primer cuento es...





**L**os ancianos de San Miguel Tejocote hablan mucho de las ánimas naturales que habitan en los cerros. Algunos dicen que siempre han estado ahí. Otros creen que primero llegó la gente para construir sus casas en la sierra y que las ánimas los habían seguido, unas para proteger a los hombres y otras para darles sus palizas. Se sabe que las ánimas han existido ahí por mucho tiempo. Don Paciano, el carbonero, conoce más de Tejocote que cualquier otro y dice que siempre han estado. Él siempre trabaja mucho y está muy ocupado, pero si un niño camina a su lado, le cuenta un cuento de los tiempos de antes. Las ánimas silvestres están en los cuentos, aun cuando todo lo demás parece haber cambiado. Así sucede en el cuento de Juan Soldado y el pingo del Cueytochli, el ladrón de conejos.

En esos días, cuenta el carbonero que a los hacendados, los presidentes, los gobernadores, a toda esa clase de gente, se llamaban reyes y uno de esos reyes tenía tres hijas. Cada una de ellas era tan hermosa como una flor. Muchos hombres las querían para esposa, pero el rey decía que esas princesas, así se les llamaba a las hijas de un rey, nunca se casarían con nadie. Las encerró en su hacienda y puso una cuidadora malvada para vigilarlas.

A veces, las princesas salían de día de campo cuando su papá iba de caza pero la gente nunca las veía. Diez soldados se encargaban de ahuyentar a quien se acercara y hacían guardia. Pero ni siquiera los soldados podían estar cerca ni hablar con las princesas.

Un día, el rey decidió salir a cazar al cerro del Cueytochli. Ese día era de San Lorenzo.



Todos sabían que ese día, el Pingo, ladrón de conejos, hace sus peores travesuras. Por supuesto, un hombre tan presumido como ese rey no aceptaba consejos de nadie por lo cual el rey decidió cazar allí ese mismo día.

—No se acerque al cerro mañana, su majestad —le pidieron sus hombres, pero el rey se burló de ellos.

—Regresaré con los cuernos de un venado —les dijo— y si algún pingo se me pone enfrente, les traigo sus cuernos también.

¡Qué necesidad de ese rey! Y lo iba a pagar bien caro al día siguiente. Así que fueron todos al cerro desde temprano. El rey dejó a sus hijas con sus guardias y se fue a cazar. Parecía que todo iba bien. Pero a la hora del mediodía, cuando el aire es blanco y la tierra misma tiembla con los rayos del sol, pasó una cosa muy rara. Las princesas preparaban su comida, cuando un niño apareció a su lado.

—¡Dispénsenme sus mercedes! —les dijo—. Por favor, convídenme de lo que comen.

—¡Sácate de aquí, muchacho! —gritó la cuidadora—. ¡Sargento, corre a este limosnero! —ordenó—.

El niño corrió y fue tras un árbol.

—¡No lastime usted al niño! —decían las princesas; pero no era de cuidarse.

Cuando el sargento buscó; la cuidadora, muy enojada, le preguntó—: ¿De dónde habrá salido?. Es un espía. Encuéntrale y dale de golpes. ¡El rey sabrá de esto!

El sargento llamó a sus soldados y empezaron a buscar, pero no encontraron a nadie. La cuidadora estaba preocupada. Cuando las princesas se acostaron a dormir su siesta, ella quedó muy despierta para vigilar.

—¿De dónde salió ese muchacho? —se preguntaba—. La tropa nunca ha sido tan descuidada. Todos deben de ser castigados. Pero estar angustiada no le sirvió de nada. Mientras vigilaba a las princesas, allí dormidas a la sombra de un árbol, vino una brisa caliente ¡huu!, levantó las cenizas de la lumbre ¡huu! sacudía las hojas del árbol



¡huuu! y mientras la cuidadora miraba a las tres princesas, estas desaparecieron como humo.

Asustada, la cuidadora llamó a las muchachas. Nadie respondía. Llamó a los soldados, pero cuando contó lo que les había sucedido a las princesas, todos huyeron. Temían que el rey les cortara la cabeza cuando se enterara. El rey estaba furioso. Mandó a todo su ejército a buscar a las princesas, pero no encontraron nada.

Pasaron varios años sin que nadie supiera nada de las princesas. Entonces el rey se puso muy triste. Se dio cuenta de lo tonto que había sido y dijo que si alguien regresaba con sus hijas, se podría casar con alguna de ellas y tener una parte del reino. Nadie se presentó. La gente que vivía cerca del cerro del Cueytochli bien sabía porqué...

—El Cueytochli se las llevó —dijeron—. ¡El rey jamás volverá a ver a sus hijas!

Seis años habían pasado cuando tres humildes leñadores se encontraron en ese mismo cerro del Cueytochli.

—¿Por qué no nos quedamos juntos? —propuso uno—. Dicen que el Pingo se robó a las hijas del rey en el día de San Lorenzo. ¡Quién sabe lo que nos pueda pasar!

—¡Ja, ja! —se rió uno de ellos—. Yo he oído hablar de usted. En su pueblo le dicen el Cobarde. ¡Usted se espanta de todo!

—Y qué le hace que me llamen así!, todo el mundo se asusta de un espanto maligno.

—¡Yo, no! —afirmó el otro—. En mi pueblo me llaman el Valiente. No tengo miedo de nada —pero era menos valiente de lo que decía—. De todos modos nos conviene trabajar como compañeros.

—Es una buena idea —añadió el tercer leñador—. Tres son más fuertes que uno solo. Me llaman Juan Soldado en mi tierra. Si me

quieren de socio yo me quedaré con ustedes.

Así que los tres trabajaron juntos. Cada día, dos de ellos cortaban leña, mientras el otro cuidaba el campamento y hacía de comer. Al principio todo iba bien pero, el día de San Lorenzo, a la hora del mediodía, cuando el aire es blanco y la tierra misma tiembla con los rayos del sol, el Cobarde calentaba la comida cuando se dio cuenta de que un niño extraño se había acercado a su lumbre.

—¡Hola, buen hombre! —saludó.

—¡Hola, niño! —contestó el Cobarde.

—Tengo hambre —dijo el niño—. ¿No me regala un taco?

—Tendrás que esperar a que lleguen mis compañeros —respondió el Cobarde—. No te puedo dar de comer hasta que ellos digan.

—Yo quiero comer ahorita.

—Ya no se dilatan.

—Verás lo que te va a pasar si no me das de comer ahorita.

—¿Lo veré yo? —preguntó el Cobarde—. ¿Quién crees que eres?, ¡Lárgate, escuincle!

—Mira —dijo el niño— ¡Toma esto! y echó al Cobarde en el suelo y le dio una paliza que lo dejó todo desquebrajado; luego desapareció con todita la comida.

Cuando llegaron sus compañeros, el Cobarde les contó, cómo un niño le había robado la comida.

—¿Quiere decir que dejó que un escuincle le ganara? —cuestionó el Valiente—. ¿Qué clase de hombre es usted?

—Eso no era un niño sino el mero pingo Cueytochli —le respondió el Cobarde—. ¡Tenía las fuerzas de diez hombres!

—Pues mañana yo me quedo aquí —propuso el Valiente—. ¡Que no se ponga conmigo!



Más pronto cae un hablador que un cojo. Al día siguiente, a la hora del mediodía cuando el aire es blanco y la tierra misma tiembla con los rayos del sol, ese mismo niño estaba a la orilla de su lumbre.

—¡Hola, buen hombre! —dijo—. Quiero comer.

—Te daré cuando regresen mis compañeros —contestó el Valiente.

—Me das ahorita mismo.

El Valiente no iba a arriesgarse. Alzó su machete.—¡Sácate de aquí! —gritó.

—Ayer me eché a uno —dijo el niño—. Contigo van dos. Brincó sobre el Valiente y le quitó el machete de la mano. El Valiente trató de escapar pero ese Cueytochli no lo iba a soltar. Lo echó al suelo y allí le dio una paliza

peor de la que le dio al Cobarde. Luego robó la comida y desapareció.

Cuando llegaron el Cobarde y Juan Soldado encontraron al Valiente todavía en el suelo.

—El Cobarde tuvo razón —dijo—. Era el Pingo. Seguro que fue el mismo quien robó a las tres princesas.

Al día siguiente, le tocó a Juan Soldado quedarse. Afiló su machete y rezó a san Miguel y a san Jorge, sabiendo que a lo mejor era cosa de luchar con un pingo. Así sucedió. A la hora del mediodía, cuando el aire es blanco y la tierra misma tiembla con los rayos del sol, un niño estuvo allí cerca de la lumbre.

—¡Hola, buen hombre! —saludó—. ¿Ahora me regala mi taco?

—No —respondió Juan Soldado—. Hasta que lleguen mis compañeros.

—Primero me eché a uno; ayer fue el segundo. ¡Contigo van tres!. —Y diciendo esto, el Cueytochli brincó a darle duro. Pero Juan Soldado no trató de huir, sino que ¡Cuaz!, le pegó al Cueytochli.

¡Qué arrebatanga se dieron! ¡Zaz y cuaz! ¡Puño y garra! ¡Zúmbale y púmbale!. Se tiraron al suelo y se revolcaron en el pasto. A veces ganaba el Cueytochli y a veces Juan Soldado. Pero al fin, el Cueytochli vio que Juan Soldado era demasiado fuerte. Cogió una hacha grandota y le iba a dar con ella, pero en eso Juan Soldado agarró su machete. ¡Zaz, zaz, zaz! —sonó el hacha—, ¡Zam, zum, zum! —sonó el machete—, ¡Zaz, zum, zaz, zum!

—¡Grrr! —gritó el Cueytochli. ¡Zum, zaz, zum, zaz!

—¡Ha! —dijo Juan Soldado. ¡Zaz, zaz!, vino el hacha de nuevo, y ¡Zum!, vino el machete. Luego ¡Zum! otra vez.





—¡Ayyyyyyyy! —gritó el Cueytochli y corrió al bosque.

Juan Soldado se quedó solo, bueno, casi solo. Allí en el suelo estaba una de las orejas puntiagudas del Pingo Cueytochli. El machete se la había cortado.

—Gracias san Miguel —dijo Juan Soldado— y gracias san Jorge. Envolvió la oreja en un paliacate y regresó a menear los frijoles. Que casi se quemaron mientras peleaba con el Cueytochli.

Cuando el Valiente y el Cobarde llegaron de su trabajo en el bosque, encontraron a Juan Soldado todo rasguñado y maltrecho.

—¿Qué le dije? —afirmó el Valiente—. No puede usted luchar contra un demonio.

—Pues luché —aseveró Juan Soldado—. Y gané.

—No le creo.

—Tengo una prueba, —Juan Soldado desenvolvió su paliacate y les mostró la oreja

del Pingo—. Mañana seguiremos el rastro del Cueytochli.

—¿Para qué? —preguntaron.

—Para libertar a las hijas del rey —respondió Juan Soldado—. Habrá una princesa para cada uno de nosotros.

—El Cueytochli podría matarnos —expresó el Cobarde.

—O encantarnos para siempre —repuso el Valiente.

Le tenían mucho miedo al Pingo, pero un leñador rara vez podía casarse con una princesa. Así que al día siguiente, los dos se fueron con Juan Soldado a buscar la madriguera del Cueytochli.

Los leñadores caminaron un buen rato, cada vez más temerosos siguiendo el rastro, hasta que se perdió cerca de una gran peña redonda.

—Ya se nos fue —dijo el Cobarde—. Nunca lo hallaremos.

Pero Juan Soldado pensó que a lo mejor el Pingo vivía bajo la roca. Los tres la empujaron, pero no se movía ni tantito.

—No se puede —aseguró el Valiente—. Mejor nos regresamos.

—Vamos a ver —añadió Juan Soldado—; a lo mejor se mueve si metemos una palanca debajo.

Así que cortaron un tronco y lo metieron debajo de la peña. Empujándola, se movía poco a poco y, debajo de ella, hallaron un pozo que estaba muy hondo. Y cuando el Valiente soltó una piedra y no la oyeron

caer, exclamó—: ¡Es rete hondo! ¡Nunca podremos bajar allí!

*Y colorín, colorado,  
este cuento se ha acabado.*

Por lo menos allí es donde se quedó don Paciano, el carbonero.

—¿No rescataron a las princesas?  
—preguntan los niños—. Pero don Paciano les dice que eso es cuento para otro día y, para otro día, dejaría el relato del rescate de las princesas.



**E**l Cobarde, el Valiente y Juan Soldado se habían quedado mirando el pozo del Pingo Cueytochli —cuenta don Paciano—, el carbonero de San Miguel Tejocote. El Valiente dijo que no se podía bajar. La verdad es que ni él, ni el Cobarde, querían rescatar a las princesas encantadas, pues tenían mucho miedo. Pero aun así, tenían muchas ganas de casarse con una princesa y Juan Soldado no les iba a dejar echarse para atrás.

—Podemos bajar con un mecate —propuso—. Ustedes hacen un arco de troncos sobre el pozo, mientras yo regreso por mi reata.

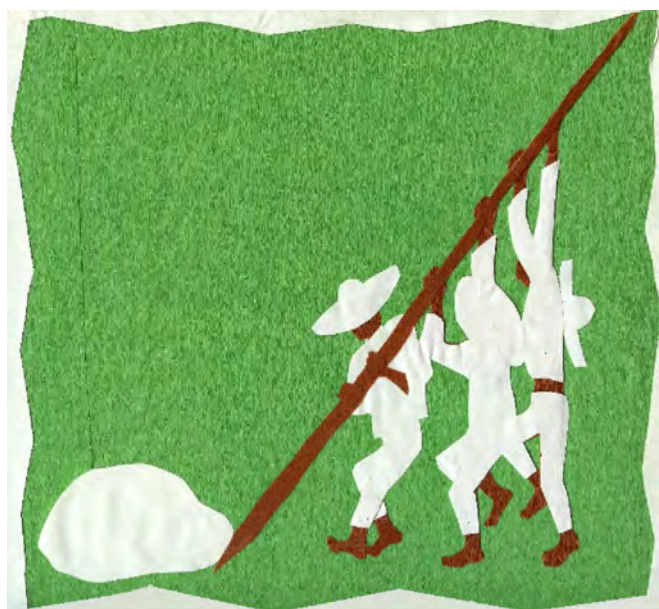
—Y ese, ¿quién se cree? —añadió el Valiente—, cuando Juan Soldado se había ido. Nos trata como a sus mozos.

—Si es que rescatamos a estas princesas, dirá que todo lo hizo él, —dijo el Cobarde—. ¡Usted verá!

—No será así —afirmó el Valiente—. Nosotros mismos bajaremos a salvarlas.

—¡Ay, qué bueno! —exclamó el Cobarde—. Así, le ganamos a Juan Soldado.

—Usted puede ir primero.







—¿Cómo que yo? —dijo el Cobarde—. ¡Usted!

—Yo tengo que quedarme aquí para que Juan Soldado no nos haga trampa —propuso el Valiente—. No se apure; yo estaré cuidándole las espaldas.

Juan Soldado regresó con una reata fuerte, una cuerda y una campanita. Amarró todo al arco.

—La campanita será nuestra señal —añadió—. Sonará si alguien tira de la cuerda y entonces lo subimos. Y ahora, ¿quién baja primero?

—Yo... Yo voy —pronunció el Cobarde—.

Lo amarraron con la reata y lo bajaron al pozo. Se bajó y se bajó, y cada vez se ponía

más y más oscuro. Luego, de repente, vino un enjambre de moscas. ¡Miles y miles de ellas! Rodearon y picaron al Cobarde. Trató de espantarlas y se metieron en sus ojos. Gritó y le llenaron la boca. Al fin, jaló la cuerda.

Juan Soldado y el Valiente oyeron la campanita y lo subieron.

—No podemos —dijo el Cobarde—. Hay un mosquerío que no se puede pasar.

—Unas mosquitas no me atajarán a mí —afirmó el Valiente—.

Así que el Cobarde y Juan Soldado lo bajaron.

Al encontrar las moscas, el Valiente se cubrió la cabeza con los brazos y pasó. Más abajo se miraba una luz.

“Allí está el fondo del pozo”, —se dijo.

Pero juzgaba mal. Lo que vio era un anillo de fuego que parecía salir de las paredes del pozo. Cuando se acercó, las llamas parecían que lo iban a quemar. Gritó el Valiente y también jaló la cuerda.

—No podemos pasar —repuso—, cuando lo subieron. El pozo está lleno de fuego.

—Pues haré la lucha —dijo Juan Soldado—. A ver cómo me va. Si para mañana, a estas horas, no saben nada de mí, desátenlo todo y huyan del cerro.

Lo amarraron y lo bajaron al pozo.

Juan Soldado pasó por las moscas y por el fuego también. Era un fuego mágico y ni siquiera se le quemó el lazo. Pero después llegó al verdadero peligro.

Las paredes de ese pozo estaban cubiertas con raíces vivas que trataron de agarrarlo. Tenía que cortarlas todas con su machete antes de que le pudieran rodear los brazos.

Su machete le salvó otra vez. Pasó las raíces y llegó hasta abajo. Allí se encontró con un zaguán rojo. Tocó y le abrió el mismo Pingo, al que ya le faltaba una oreja.

—¡Dame mi oreja Juan Soldado! —gritó.

—¡Que te doy y no! —le respondió Juan Soldado—. Vine para rescatar a las princesas. Te daré tu oreja cuando las regrese con su papá.

El Cueytochli se vio comprometido.

Llevó a Juan Soldado por dentro de su cueva. Pasaron grandes salones y pasillos hasta llegar a un lugar que parecía un mercado y donde el Pingo guardaba sus cosas encantadas.

Allí, en esa bodega de encantos había oro y plata, joyas y tesoros pero, más que todo, había comida. Banquetes enteros quedaban amontonados sobre mesas o en el piso y costales de comida colgaban de las paredes. No había nada de polvo y nada se envejecía ahí. Las princesas dormían en el piso sobre cojines tal como estaban cuando fueron encantadas.



—No teman —les dijo Juan Soldado al despertarlas—. Yo y mis amigos venimos a rescatarlas.

Las llevó a donde estaba la reata y a cada una la amarró y jaló la cuerda. Así fue como el Cobarde y el Valiente subieron a las tres. Después iban a subir a Juan Soldado.

—Será como le dije —se quejó el Cobarde—. Nosotros hicimos todo el trabajo y a él le darán la recompensa.

—Sólo si regresa —añadió el Valiente y puso su machete cerca del pozo—. ¿Por qué no cortar la reata y lo dejamos caer?

Abajo, Juan Soldado estaba amarrándose la reata.

—Las princesas ya quedaron desencantadas —dijo el Cuyetochli—. ¿Por qué no me regresas mi oreja?

—No mientras esté aquí —respondió Juan Soldado—. Tú tendrás tu oreja cuando esté arriba.

—¡Ay, no! —gritó el Pingo—. Tus amigos piensan cortar la reata. Fíjate lo que me va a doler cuando caigas en mi pobre orejita. ¡No seas malo!

—¡Ajá! —dijo Juan Soldado—. Veremos eso.

Amarró una piedra grande a la reata y jaló la cuerda. Era verdad. Cuando llegó a la mitad del camino, el Valiente cortó la reata y la piedra se vino abajo.

—¡Ja, ja, ja! —se rió el malvado Cuyetochli. Se metió a su cueva y cerró el zaguán; pensó que tendría su oreja cuando Juan Soldado muriera de hambre.

Así que se quedó Juan Soldado sin nadie para ayudarlo y con el Cuyetochli aguardando su muerte. Día tras día aumentaba su hambre. Tocó el zaguán y pidió merced. El Cuyetochli solamente se rió. Pasaron más días y Juan Soldado

estaba tan hambriento y tan enojado con el Cuyetochli que sacó la oreja de su paliacate.

—No tengo otra cosa qué comer, —se dijo, así que..., y ¡la mordió!

—¡Ayyyyyyyy! —gritó el Pingo y salió—. ¡Dame mi oreja! —dijo. Ahora le tocó a Juan Soldado reírse.

—¡Me la voy a comer! —le confirmó.

—¡No, no! —suplicó el Cuyetochli—. ¡No, por favor!

—Entonces sácame de aquí.

—Bueno —respondió el Pingo—. ¡Pero no te comas mi pobre oreja!

El Cuyetochli tomó a Juan Soldado en sus hombros y voló fuera del pozo como águila.

—¿Ahora me vas a devolver mi oreja? —preguntó, cuando estaban afuera.

—Ya te dije que cuando yo rescate a las princesas —aseveró Juan Soldado—. Ahora se las llevaron esos traidores. Tenemos que hacer justicia.

—¿Cómo? —dijo el Pingo—. El Valiente y el Cobarde han dicho que tú has muerto y ahora son los favoritos del rey. Se casarán con las princesas este mismo domingo. ¿Por qué no te olvidas de esas catrinas y me devuelves mi oreja?

—¡Ah sí! ¡nunca! —manifestó Juan Soldado—. Tú me tienes que ayudar.

—¿Qué es lo que quieres Juan Soldado? —preguntó el Pingo.

—Llévame a la capital del rey.

—Bueno, Juan Soldado —añadió el Cuyetochli— te ayudaré, pero cuidado con usar mi magia. Si te queman por brujo, me quemarán mi pobre oreja también.

—Debo disfrazarme —sugirió Juan Soldado—. ¿Por qué no me pones unas manchas en la cara? Así nadie me va a reconocer.



El Cueytochli lo hizo con ganas. Juan Soldado quedó con tantas manchas que ni su mismo perro lo hubiera reconocido.

En la capital del reino se oían cuetes y música.

—El rey —un hombre decía— ha mandado tres días de charreada antes de las bodas reales. Va a haber grandes premios.

—¿Una charreada? —dijo Juan Soldado. Eso le dio una gran idea. Se metió en un establo y mordió la oreja del Cueytochli. El Pingo se le apareció.

—¿Qué es lo que quieres Juan Soldado? —preguntó.

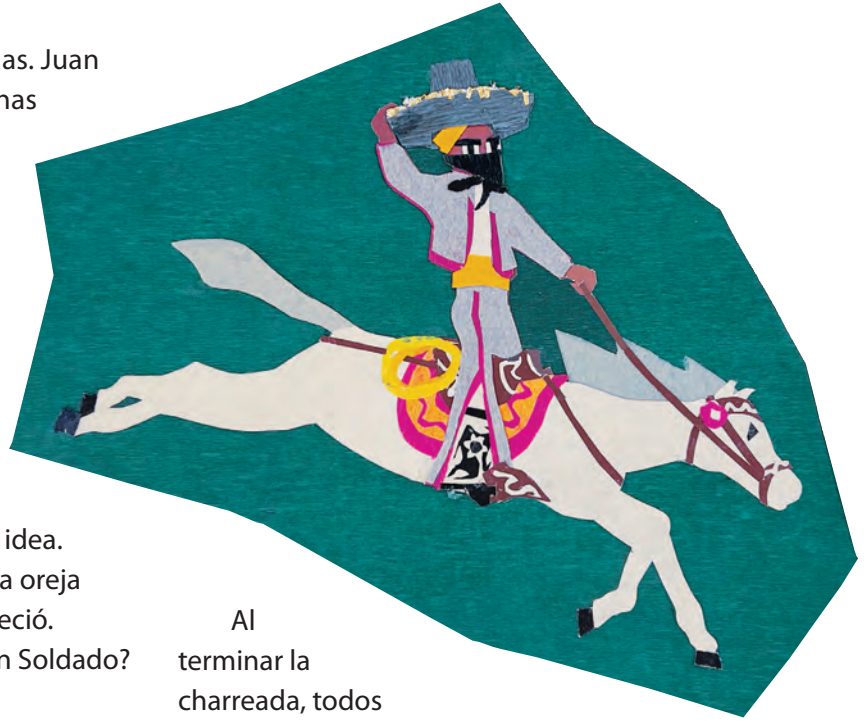
—Quiero el mejor caballo con su silla y un traje de charro; el más fino y elegante que haya en el mundo. Voy ahora a la charreada.

—¡Yo quiero mi oreja antes de que te quemen! —reclamó el Pingo— pero hizo lo que le pidió Juan Soldado.

Le dio un caballo blanco de pura raza, una silla de las más finas y un traje magnífico con el sombrero y las botas galoneadas con oro. El traje se lo puso Juan Soldado y sobre la cara se amarró un paliacate negro para que nadie se la viera.

Al llegar a la charreada, ese caballo encantado saltó la cerca. Luego, Juan Soldado con su fuste y reata mágica hizo suertes como nadie había visto antes.

Toda la gente aplaudía y chiflaba. Los otros charros echaron sus sombreros al aire. El rey y las princesas aplaudieron hasta dolerles las manos. ¿Y el Valiente y el Cobarde? Pues se pusieron verdes de la envidia. Pero no sabían que el charro de la cara tapada era el mismo Juan Soldado.



Al terminar la charreada, todos pensaron que el Charro Enmascarado iría al balcón del rey para recibir sus premios. Pero en lugar de eso, Juan Soldado brincó en su caballo otra vez por la cerca y se fue.

En la noche, dos hombres contaron todo a un humilde forastero con manchas en la cara.

—Mañana termina la charreada, —comentó uno—, el que gane será el capitán de la guardia del rey.

—No será así —dijo su compañero—. El charro de la cara tapada ganará otra vez y se irá de nuevo. ¡Ya lo verán!

Por poco pasó así. Al día siguiente, el charro del paliacate saltó de nuevo la barda de la charreada y otra vez jineteó mejor que ninguno. Pero en lugar de huir, esta vez Juan Soldado fue al balcón del rey.

—Nunca hemos visto un charro como usted —exclamó el rey—. Tome su uniforme capitán y también estas espuelas reales de pura plata tal como las que di a los hombres que rescataron a mis hijas.



En eso, el Valiente y el Cobarde se pusieron rete celosos y empezaron a causarle líos al charro del paliacate.

—¿Cómo es que lleva la cara tapada?  
—preguntó el Cobarde a su princesa—. A lo mejor es algún espía.

—¿Por qué no se quita el paliacate?  
—repuso el Valiente.

—Queremos verle la cara, capitán  
—manifestó el rey.

Entonces, Juan Soldado se quitó el paliacate negro y les mostró las manchas que tenía. Al verlas se contentó el rey, pues era evidente por qué llevaba paliacate. Pero luego llegó un mensajero.

—Su Majestad —dijo—, sus enemigos se aprovecharon de la fiesta. ¡Un ejército viene a quemar su hacienda!

El Valiente y el Cobarde se valieron de eso para inculpar al charro del paliacate.

—Les dijimos que era un espía  
—afirmaron. Esta vez el rey les creyó. Sus hombres echaron a Juan Soldado en la cárcel mientras los traidores se pusieron uniforme de general y salieron a combatir al frente del ejército del rey.

Pero no iba a quedar así. Cuando Juan Soldado ya se quedó solo en la prisión, mordió la oreja del Pingo y el Cueytochli se le apareció.

—Mira dónde viniste a caer Juan Soldado, —añadió—, sígueme así y seguro que te van a quemar.

—¡No! —exclamó—. Tú me vas a sacar de aquí y vamos a hacer justicia. Quiero estar en el mero campo de batalla con mil soldados y los mejores cañones y parque.

—Ya me hueles a chicharrón, —dijo el Cueytochli pero, lo ayudó. En un dos por tres, allí estaba Juan Soldado con todo un ejército en pleno campo de batalla. Cuando el enemigo vio a toda esa tropa, ya se dio por vencido.

—¡No tiren! —rogaron.

—Vengo a poner la paz —les aseguró Juan Soldado—. Juren nunca regresar y los dejo marchar a su reino.

Rápido hicieron un pacto y dejaron muchos regalos costosos para el rey. Cuando se fueron, Juan Soldado pidió al Pingó que lo convirtiera en un pobre arriero barbudo. Luego puso los regalos en una mula para llevárselos al rey.

A medio camino, Juan Soldado encontró al Valiente y al Cobarde con su ejército.

—La guerra ya se terminó —les dijo—. El capitán del paliacate corrió al enemigo con un ejército encantado. Hicieron un pacto y dejaron estos regalos para el rey.

El Valiente y el Cobarde vieron todos los regalos y bien sabían que el arriero les decía la verdad.

—Somos los generales del rey —explicó el Cobarde— nosotros llevaremos sus regalos.

—Yo mismo lo debo de hacer —confirmó el arriero que era Juan Soldado.

—Tú no discutas con los generales del rey —añadió el Valiente—. Podrías perder la cabeza.

Pero eran puras habladas, porque allí estaban los soldados del rey como testigos.

—Te pagaremos —dijo el Cobarde— ¿Cuánto quieres?

—No puedo vender estas cosas, —respondió Juan Soldado— pero si me dan sus espuelas reales de plata, se las entrego.

El Cobarde se puso pensativo—: ¿Por qué quiere nuestras espuelas? —preguntó.

El Valiente se rió—: Si este tonto nos delata —dijo—, lo mataremos.

Así que le dieron sus espuelas y regresaron con el pacto y los regalos para presumir al rey de la victoria.

—Los enemigos mandaron estos regalos y se fueron —contó el Valiente—. ¡Los corrimos como si fueran conejos!

—Y descubrimos más del hombre enmascarado —comentó El Cobarde—. No sólo es un espía sino que también es un brujo.

—¡Deveras! —afirmó el Valiente—. Debe usted quemarlo en leña verde. Así se hace con los brujos.

De repente, entró Juan Soldado.

—¡Agárrenlo! —gritó el Cobarde—; pero Juan Soldado les mostró sus propias espuelas.

—¿Conocen estas espuelas? —preguntó—. ¡Ustedes han mentido al rey!

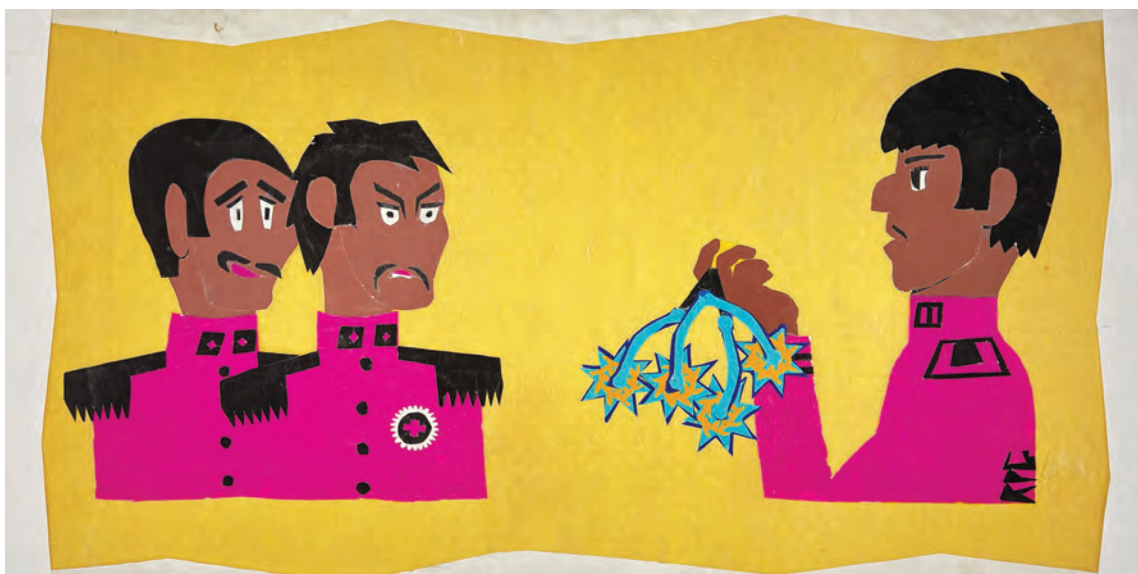
Juan Soldado estaba vestido de nuevo como el Capitán de Guardias pero ya no tenía manchas en la cara. Se quitó el paliacate.

—¡Es Juan Soldado! —exclamó la princesa más joven—, él es quien realmente nos rescató.

—Sí —respondió Juan Soldado—. Y estos traidores me dejaron por muerto en el pozo del Cueytochli. —Les dijo cómo el Pingó le ayudó a hacer justicia—. Pregunte a sus soldados del pacto Su Majestad.

—Si es verdad lo que dice Juan Soldado —manifestó el rey— no quemaremos brujos sino mentirosos y traidores.





Y así pasó. Los soldados le dijeron al rey lo que había sucedido. Y ese domingo, al Valiente y al Cobarde los quemaron en leña verde, ¡ahí a media plaza! El Cueytochli por fin recibió su oreja.

¿Y Juan Soldado?

Pues... dicen que se casó con una de las tres princesas.

*Y colorín, colorado,  
este cuento se ha acabado.*



Todo el día en San Miguel Tejocote se oye el cocorocó de las gallinas, el oinc de los cochinos y el hijay hijay de los burros. No siempre fue así. Antes, en San Miguel Tejocote, toda la gente y todos los animales hablaban el mismo idioma. Todos los días eran como un bautizo o una fiesta, con todos hablando a la misma vez.

A los niños les gustaría que todavía fuera así.

—¿No sería requetebueno? —preguntó un niño a don Paciano, el carbonero—. Si yo pudiera hablar con chichitón, el perro, o miztón, la gata o hasta con los animales

del bosque: tochtli, el conejo, o mazatl, el gracioso venadito.

—Aprenderías mucho de ellos —le dijo don Paciano—. Cuando hablaban los animales, los niños eran más listos, no se ponían exigentes ni caprichudos. Ahora, hasta piden pago por ayudar, Coatl, la culebra, le enseñó eso a la gente.

—¿La culebra?

—Esa mera —respondió don Paciano y empezó su cuento.

Un campesino araba a la orilla de su milpa cuando oyó una voz gritando: ¡Auxilio! ¡Au-xiii-lioooooooooo!, Fue a ver lo que pasaba



y encontró una culebra abajo de un tronco caído.

—Ayúdame por favor —suplicó la culebra—. Si nadie me saca de aquí, me muero de hambre.

El hombre levantó el tronco y salió la culebra.

—¡Ay qué bueno! —exclamó la culebra—. Y ahora me lo voy a comer.

—¿Comerme a mí? —preguntó el campesino—. ¿Cómo? Si yo le salvé la vida.

—Mesmamente por eso lo tengo que comer —respondió la culebra—. Le debo a usted un bien, y está dicho que “El bien que se hace, con el mal se paga”.

—¡Ayyyy no! —reparó el hombre—. “El bien que se hace, con el bien se paga”.

—Está usted equivocado —dijo la culebra—. ¡Nunca es así! Se lo muestro a usted. Vamos a pedir la razón a tres animales. Si los tres no me dan la razón, entonces no me lo como.

Así que se fueron a buscar tres animales para decidir el caso. Primero, encontraron a un burro.

—Amigo burro —le dijo el hombre—, yo salvé a esta culebra cuando estaba atrapada por un tronco y ahora me quiere comer. Dice que “El bien que se hace, con el mal se paga”.

Yo digo que “El bien que se hace, con el bien se paga”.  
¿No cree usted que tengo razón?

El burro masca y masca un poco de pasto y al fin dice:

—La culebra está en la razón. Yo trabajo toda la vida para la gente. Pero cuando me ponga viejo y ya no pueda jalar, de

seguro que me matarán por mi cuero.  
“El bien que se hace, con el mal se paga”.  
Al menos así es para los burros.

—¿Ve usted? —afirmó la culebra—.  
¿Por qué nos dilatamos? Mejor me lo como de una vez.

—¡Ay, no! —gritó el campesino—.  
Me dijo usted que tres animales.  
Me quedan dos más para preguntar.

Así que fueron a buscar otra vez.  
Encontraron a una gallina.

—Amiga pollita —le dijo el hombre—. Yo rescaté a esta culebra de abajo de un tronco y ahora me quiere comer. Dice que “El bien que se hace, con el mal se paga”.

Estoy seguro que usted sabe que no es así. ¡Dígaselo por favor!

—¡Ajá! ¡Así es presuntamente! —respondió la gallina—. Yo pongo un huevo todos los días para que coma la gente. El día que no lo ponga voy a dar en la olla del caldo. ¿Te parece justo? “El bien que se hace, con el mal se paga”. Por lo menos así es para las gallinas.





—¿No le dije? —confirmó la culebra—. Deveras que está usted necio. Podemos terminar esto de una vez y abrió la boca.

—¡No, no! —gritó el hombre—. Me debe usted otra oportunidad más. Ha de haber un animal que tome mi lado.

Se fueron en busca del último animal. Ya la culebra estaba pero bien confiada de que le iba a tocar su almuerzo. Entonces se hallaron con un coyote por el camino.

—Amigo coyote —dijo el hombre—, tenemos un caso muy especial para que usted decida.

—Haré lo mejor que pueda —comentó el coyote.

Empieza el hombre: —Esta culebra dice que “El bien que se hace, con el mal se paga”. Yo digo que “El bien que se hace con el bien se paga”.

—De eso, ¿cómo lo voy a saber yo? —preguntó el coyote—. Todo mundo sabe que un coyote nunca hace el bien.

—Usted tendrá que juzgar a fuerzas —añadió la culebra, y lo vio muy feroz—. Ya tengo hambre.

—Se lo explico para que lo entienda —le dijo el hombre—. Yo alcé un tronco de encima de la culebra. Ahora dice que me tiene que comer.

—Sí —confirmó la culebra—. Saben todos que el bien se paga con mal.

—A mí me parece que los dos se están adelantando —dijo el coyote—.

Antes de juzgar, hay que saber si el hombre deveras hizo algún bien. Alzó un tronco. Bueno, pero eso, ¿qué quiere decir? Si la culebra se puede zafar de casi cualquier lado.

—No —respondió la culebra—. Me tenía agarrada de deveras. Si no fuera por este buen hombre, seguro que yo me hubiera muerto. Por eso me urge comérmelo.

El coyote sacudió la cabeza. —La cosa es seria —afirmó—. Tendré que verlo todo.



Los tres regresaron donde quedaba el tronco.

—Yo estaba debajo de este tronco —explicó la culebra.

—¿Cómo, estaba usted acostada?

—preguntó el coyote.

La culebra se puso nuevamente en su lugar de antes.

—¿Y el tronco? —preguntó el coyote al hombre—. ¿Dónde se hallaba? Lo tendrá usted que poner otra vez para que lo pueda ver.

El hombre levantó el tronco y lo encimó de nuevo en la culebra, para que no se escapara.

—¿Está usted segura que no se puede zafar de ahí? —le cuestionó el coyote a la culebra. La culebra se sacudió como un perro mojado. Luego se torció como molinillo. Después se hinchó como gusano asustado. Nada le sirvió.

—No —respondió—. No puedo moverme ni un tantito.

—Bueno —dijo el coyote—. Ahora está usted de nuevo, donde empezó. El hombre ha deshecho todo el bien que hizo. No le debe usted nada y no lo tiene que comer. ¿No es así?

La culebra tuvo que aceptar que era justo. El hombre y el coyote se fueron y allí quedó la culebra con el tronco encima otra vez.

—¡Me ha salvado usted la vida! —exclamó el hombre al coyote—. ¡Gracias!

—En este mundo todos nos ayudamos —dijo el coyote—. ¡Míreme! Estoy

enfermo y hace mucho que no cazo bien. Pero si yo como dos de sus mejores borregos creo que regresarán mis fuerzas.

—Los tendrá usted esta misma tarde —le afirmó el hombre y regresó a su casa.

Al llegar, le contó a su mujer lo que le pasó con la culebra y cómo le había salvado el coyote.

—¡Quiero que me pongas dos borregos de los más gordos en un costal! —le pidió—, en la tarde los llevo al coyote.

—¿Borregos?, se decía la esposa cuando salió fuera de la casa. ¿Y a un coyote? ¡El viejo se ha vuelto loco! Yo sé cómo tratar a un coyote.

Así que en lugar de dos borregos, la mujer metió en el costal dos de los perros más bravos del ranchito y los dio a su esposo. Sin sospechar, el hombre llevó el costal donde estaba el coyote y lo puso frente a él.

—¡Gracias! —exclamó el coyote—.

—No me lo agradezca —respondió el hombre—. Es lo que le debo. Usted me salvó la vida.

En eso, abrió el costal y los perros brincaron al coyote. El pobre coyote huyó con los perros detrás y el hombre le oyó gritar—: la culebra tenía razón, “El bien que se hace, con el mal se paga”.

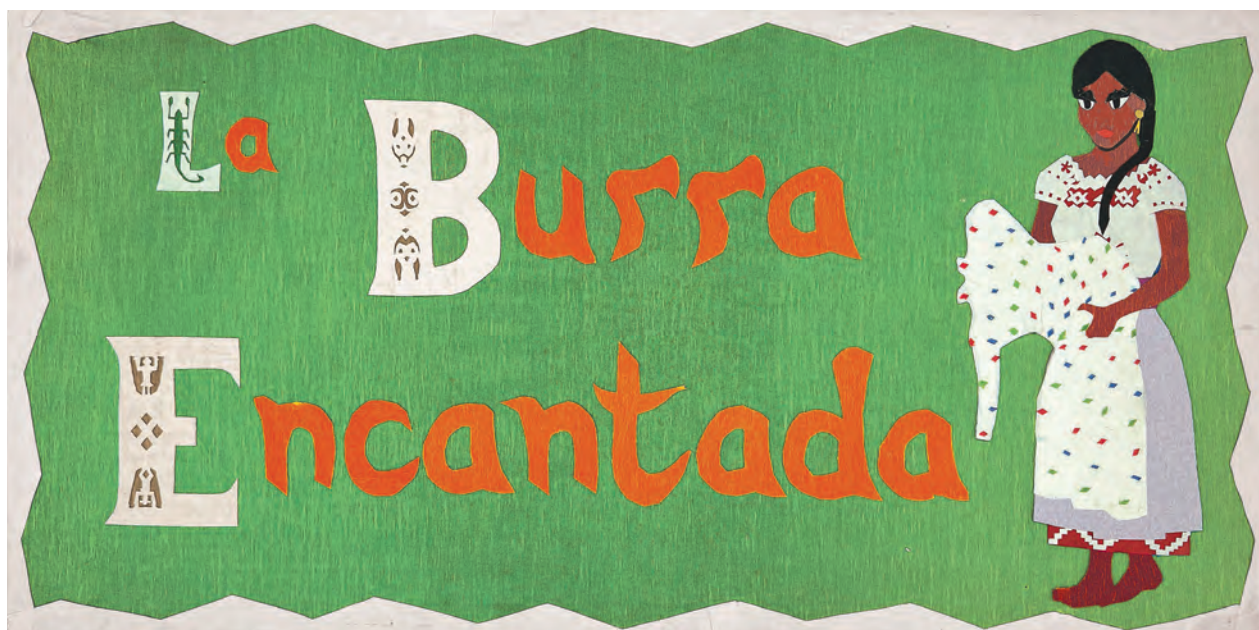
*Y colorín, colorado,  
este cuento se ha acabado.*

—Si, así es —dijo el niño a don Paciano— y el bien que se hace de veras se paga con mal; entonces yo no haré ningún bien.

—No niño —le respondió don Paciano—. Haz el bien como es debido, pero no esperes que te paguen. Te confundirán con algún coyote.







**E**n San Miguel Tejocote hay dos nacimientos de agua. El sombreado que se llama Tzopetatl y tiene un ánima buena. Y el del Ciame dicen que a la hora del mediodía, unas muchachas vestidas de blanco bailan allí y si alguno las ve, pueden robarle el alma. Para que se la devuelvan hay que ir con el brujo de Santa Marta Huiluco. Él sabe de todo eso y puede arreglar el asunto.

El hombre de Santa Marta es brujo bueno. Pero han habido brujos y brujas también, que han sido muy malos. Hace muchos años, un brujo malísimo llegó a San Miguel Tejocote. Don Paciano, el carbonero, conoce muy bien la historia porque a su abuela, doña Carmela, le pasó.

—Carmela fue una muchacha mucho muy hermosa —cuenta don Paciano—. Vivió en un ranchito cerca de la barranca de Papalote. Ella había cumplido los diecisiete años cuando un hombre adinerado que se

llamaba Calixto, la vino a cortejar.

El señor era muy cortés con los papás de Carmela y les llamaba siempre doña Lupita y don José, con respeto. Cuando pidió la mano de Carmela, los papás lo creyeron un hombre bueno y dieron su consentimiento.

El día antes de la boda, Calixto dio a Carmela su vestido de novia. Lo trajo cargando una burrita de ojos tristes. Todo era de encaje fino con piedras preciosas, rubíes y zafiros.

Tú sabes cómo a las muchachas de repente les gusta algún animal; perro, bicho, caballo, lo que sea. Así le sucedió a Carmela con esa burrita de los ojos tristes. Cuando la vio, le dio un abrazo.

—¡Qué linda burrita! —exclamó.

—¡Es tuya! ¡Te la doy! —le dijo Calixto y se la dio sin pensarlo más.

En la tarde, él y los papás de Carmela se salieron a buscar flores para adornar la iglesia. Por supuesto que, tan pronto como



estuvo sola, Carmela corrió al espejo y se puso el vestido frente a ella para ver si le quedaba bien.

—¡Qué bonito es! —dijo.

—Era mío —comentó una voz.

—¿Quién habla? —preguntó Carmela.

—¡Sólo yo! —respondió la burrita—.

Estaba viendo desde la puerta. Dije que el vestido era mío. Me lo puse cuando me casé con Calixto.

—¿Tú te casaste con Calixto?

—Yo y muchas otras niñas. Calixto es un brujo terrible con muchos poderes. Te pegará y te tratará mal. Luego ¡te volverá animal como a mí!

—¡Ay no!, —Carmela empezó a llorar—. No me casaré con él. Les voy a contar todo a papá y mamá.

—No niña —le advirtió la burrita—. Si saben el secreto les irá mal. Sólo yo te puedo ayudar.

Carmela se secó los ojos, —¿Tú me puedes ayudar?

—Sí niña —dijo la burrita— pero tienes que hacer lo que yo te diga. ¿Me entiendes?

—¡Sí, sí!

—Bueno. Mañana te escondes una escobeta, un manojo de listones y un espejo bajo tu vestido de novia. Luego dices a tus papás que quieres llegar a la iglesia montada en mí porque fui regalo del novio. Diles que debemos salir antes que ellos, porque su carreta va más rápido que una burrita. Luego veremos cómo puedes escapar.

Carmela hizo lo que la burrita le dijo. Escondió debajo de su vestido una escobeta, un manojo de listones y un espejo. Luego arregló con sus papás que su burrita la llevaría y salió antes que ellos. Pero no pudo adelantarse mucho. Antes de la primera vuelta, Carmela vio que sus papás ya la seguían.

—¡Viene la carreta!

—Haremos una magia niña —explicó la burrita—. ¡Tira la escobeta!

Carmela tiró la escobeta y... ¡un campo de zacate creció en el camino! Pero el papá de Carmela tenía un caballo muy bueno. La carreta siguió por el zacate.

—¡Viene todavía! —exclamó Carmela.

—¡Tira los listones! —pidió la burrita.

Carmela tiró los listones y... ¡un matorral creció en el camino! Pero el papá de Carmela tenía una carreta muy buena y siguió por el matorral como si nada.

—¡La carreta viene! —expresó Carmela toda triste—. ¡Nada los parará!



—Vamos a usar la última magia —dijo la burrita—. ¡Tira el espejo!

Carmela tiró el espejo y... ¡una laguna creció en el camino! Esta vez la carreta sí se detuvo. Carmela se despidió de sus papás desde lejos y se fue. Ella y la burrita escogieron el camino alto que pasaba frente a la hacienda de Santa Teresa. Allí oyeron música y cohetes.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Carmela.

—Es la fiesta de Santa Teresa, la patrona de esta hacienda —respondió la burrita—. Este año hay tres días de fiesta. Calixto pensó traerte aquí mañana cuando ya estuvieran casados.

—¡Qué lugar más bonito! —exclamó Carmela cuando lo vio de cerca—. Los dueños han de ser muy ricos.

—Así parece niña pero deben dinero a mi dueño Calixto —contó la burrita—, y

los brujos taparon su pozo de agua. Toda la hacienda se está secando.

—¿Nadie la puede salvar? —preguntó Carmela.

—Nadie —contestó la burrita—. La familia espera que don Jaime, su hijo mayor, se case con una muchacha rica. Así piensan tener dinero para un pozo nuevo pero no les ayudará. El pozo está embrujado.

En ese momento, el joven don Jaime estaba en el zaguán de la hacienda para saludar a los asistentes y ver a las muchachas que su mamá invitó.

—Las conozco a todas —expresó don Jaime a un amigo—. Y no quiero casarme con ninguna.

—Tienes razón —respondió el amigo—; las bonitas están chiqueadas y las feas...

En eso, don Jaime vio pasar corriendo a la burrita, con Carmela.

—Ese burro se desbocó con una invitada —dijo—, la tirará.

Y corrió tras de la burrita para agarrarla. Cuando echó mano de las riendas, esperó ver a otra ricachona pero en su lugar vio a Carmela. En ese mismo instante se enamoró de ella.

Don Jaime llevó a Carmela a la fiesta y antes que llegara la noche, el joven pidió casarse con ella. Carmela se enamoró también y le correspondió. Carmela fue del agrado de los papás de Jaime pues con joyas en su vestido, pareció la más rica de todas. Quisieron anunciar el casamiento esa misma noche.

La felicidad de Carmela no duró mucho. El brujo Calixto rápido encontró dónde se hallaba y se lo dijo a su papá. Antes de la cena, los rancheros llegaron en su humilde carreta al zaguán de la hacienda. Carmela llevó a su novio a que los conociera.





—Diles que se vayan —le pidió don Jaime a Carmela—. Si mis padres los ven no nos dejarán casar.

A Carmela eso no le gustó. Estaba orgullosa de sus papás.

—Estas son mis gentes —le dijo a don Jaime—. Si ellos no están presentes cuando yo me case, pues no me casaré. Y llevó a los rancheros al patio con todas las personalidades.

Durante varios meses, la mamá de don Jaime había padecido de una dolencia misteriosa. Se hallaba siempre sentada en el balcón.

—¿Quiénes son esos campesinos? —preguntó a un criado.

—Son los papás de la niña Carmela, patrona.

—¡No me lo digas! —gritó la hacendada—. ¡Mi Jaime no puede

matrimoniarse con una muchacha del campo!

Le pidió a su esposo que hablara con su hijo.

—¿Cómo puedes pensar en una muchacha pobre cuando la hacienda no va prosperando?

—le preguntó el papá—. Hemos de tener un pozo nuevo.

Convenció a don Jaime de que mejor no se casara y Carmela tuvo que regresar al rancho con sus papás. Allí les aguardaba el brujo Calixto. Carmela se escondió en la milpa.

—¡Está bien! —dijo Calixto sonriendo—. Algo la asustó. Aquí estaré mañana para que nos casemos. Por ahora llevo mi burrita.

Así pensó pero, cuando trató de arriarla, Carmela salió corriendo

con un garrote en la mano.

—No te la llevas —afirmó.

Calixto se sonrió otra vez.

—Bueno. ¡Hasta mañana! —dijo y se fue. Carmela se echó a llorar.

—Mañana el brujo nos llevará a las dos —comentó a la burrita—. Estamos perdidas.

—Tal vez nos podemos salvar si llegamos a saber el plan de los brujos —propuso la burrita—. ¿Me prometes que serás muy valiente?

—Sí, —contestó Carmela.

—Entonces esta noche iremos hasta el árbol de los brujos.

Así que, cuando la familia dormía, la burrita llevó a Carmela a un árbol viejo y hueco.

—Métete adentro —pidió— y quédate bien calladita. Yo me escondo en otro lado.



Carmela se metió adentro a esperar. Al rato oyó que llegaron tres brujos.

—¿Qué mal has hecho hoy para hacernos más ricos? —preguntó una bruja a Calixto.

—Me hice todo invisible con mi capa mágica y puse otro alacrán bajo la cama de la hacendada, mamá de Jaime, —contó Calixto—. Ya tengo un alacrán debajo de cada pata de su cama. Pronto morirá —y se rió—. También el joven don Jaime se enamoró de Carmela. ¡Ya no se casará con ninguna rica!

—Y tú, ¿qué mal hiciste? —preguntó la bruja al otro brujo—.

—Con mi bastón mágico eché otra roca al pozo de la hacienda —le contestó—. —Y tú ¿qué has hecho?

—Me puse mis botas mágicas y fui a visitar a mi gato negro. Él está en la casa del pocero contándole de cosas espantosas

mientras duerme. Está tan asustado que ya ni sale de su casa. Nunca vendrá a la hacienda para ver el pozo.

Los brujos se rieron y comenzaron su danza. Bailaron hasta que amaneció. Luego pusieron la mano dentro del árbol hueco para dejar sus cosas mágicas. Un poco después, la burrita llamó a Carmela.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—La mujer dejó un par de botas viejas aquí —explicó Carmela—. Calixto dejó una capa toda desgarrada. El otro dejó un bastón roto que está amarrado con cuerda.

—¡Sácalos de allí! —pidió la burrita—. Tienen poderes mágicos. La capa te hará invisible. Las botas te llevarán donde tú quieras en un momento. El bastón saltará de tus manos y pegará a cualquier persona o cosa que tú digas.

La muchacha sacó esas cosas del árbol.

—Ahora sí, los brujos no te pueden

lastimar —dijo la burrita—. Tú tienes más poderes que ellos.

Se encaminaron de regreso a la casa.

—Tenemos que salvar la hacienda —comentó Carmela.

—¿Por qué? —preguntó la burrita—. Esa gente orgullosa merece lo que les va a pasar. ¡Olvídalos!

—¿Cómo? —añadió Carmela—. ¡Si Jaime todavía me quiere! Calixto dijo que nunca se casará con una rica.

—Ni con una pobre —confirmó la burrita.

¡Eso lo veremos! —exclamó Carmela. Ya había pensado su plan. Se puso las botas mágicas. ¡Llévenme a la casa del pocero! —les dijo— y apenas habló cuando se encontró frente a un jacal desconocido. Se asomó, ¿es esta la casa del pocero? —preguntó—.

—Sí —dijo una mujer—. Pero está dormido.

—Vengo para que vaya a la hacienda.

—¡No irá! —afirmó la mujer—. Tiene tanto miedo ahora que ni sale de la casa para trabajar. ¡Vamos a morir de hambre!

—¿Hay un gato negro por acá?

—preguntó Carmela—.

—Sí —le respondió la mujer—.

Duerme en el mismo petate con mi esposo.

—Lo quiero ver —pidió Carmela.

Dentro, encontró al gato murmurando en la oreja del pocero. Carmela sacó su bastón mágico.

—¡Que corra el gato! —gritó—. El bastón voló de su mano y con un ¡zac! y un ¡cuaz! y un ¡bum, bum! corrió al gato por la ventana y hasta el río. Luego regresó el bastón a la mano de Carmela. Despierte a su esposo —dijo Carmela a la mujer—. Ya no tendrá miedo y puede destapar el pozo.



Luego Carmela mandó que las botas mágicas la llevaran a su casa. Ya la burrita estaba allí y sus papás la andaban buscando. Carmela les contó todo de los brujos y de los poderes mágicos que ella les quitó.

—Váyase usted a la hacienda con el bastón mágico —le pidió a su papá—. Allí encontrará a un pocero. Él sabrá en dónde está el pozo tapado y luego usted podrá quitar las rocas de él, con este bastón.

Su papá tomó el bastón y se fue.

—Usted mamacita —explicó Carmela—, póngase la capa mágica y las botas. Llévase un cincel y un traste con carbón prendido a la casa de esa hacendada enferma. Hay un alacrán debajo de cada pata de su cama. Sáquelos y luego hágase usted visible y los mete al carbón. Cuando todos ya estén quemados, a esa mujer se le quitarán sus





dolencias. Sálgase antes de que ella pueda conocerla a usted.

Así sucedió. Esa tarde el hacendado fue corriendo a ver a su esposa.

—El pozo está destapado —le contó.

—Yo tengo otra sorpresa —añadió ella—. Una mujer desconocida encontró alacranes debajo de mi cama. Los quemó y estoy sana otra vez.

—Tengo que decirle a Jaime —propuso el hacendado.

—¡No se lo digas! —aconsejó su esposa—. Si le contamos todo a Jaime de seguro se casará con esa ranchera. Hay que guardar el secreto hasta que se case con una muchacha rica. La otra no le conviene.

Carmela pensó de otro modo. Ella y sus papás se vistieron con sus mejores prendas, subieron en su carreta y se fueron a la

hacienda. Pero cuando llegaron, los criados se rieron de sus huaraches y no los dejaron entrar.

—Espérenme aquí —dijo Carmela a sus papás—. Se puso su capa mágica y entró invisible al patio.

Era ya la hora de la comida. Mientras todos comían en trastos de pura plata, las muchachas coqueteaban con don Jaime.

—¡Hazles caso hijo! —le pidió su mamá—. ¿No ves que todas están enamoradas de ti?

Carmela no había comido en todo el día, así que mientras la hacendada hablaba, ella comió todo su mole del plato.

—¿Quién se comió mi comida? —preguntó la mujer—. Nadie contestó.

Pidió otro platillo y Carmela lo volvió a comer cuando se distraía.

—¡Alguien se esta comiendo mi mole!  
—exclamó la hacendada y se puso muy nerviosa.

Le sirvieron otro plato. Esta vez cuando la hacendada se distrajo, Carmela llevó su plato a la cocina y lo vació de nuevo en la olla. La hacendada vio que su plato se vació de nuevo y empezó a llorar. Su esposo la llevó a su cuarto y trató de consolarla. Pero Carmela ya estaba en el cuarto con ellos. De repente se apareció como por arte de magia.

—¿De qué se asustan? —les preguntó—. Yo quité los poderes mágicos de los brujos que los tenían embrujados, —y les explicó todo—. Ahora mi mamá quemó los alacranes que le daban dolencias. Mi papá arregló su pozo. ¡Todo lo que tienen ahora nos lo deben a nosotros! Pero no nos creen dignos de ser sus amigos. Obligan a su hijo a casarse con alguien que no quiere. ¿Cómo puede ser eso?

La hacendada se avergonzó. Tomó la mano de Carmela y la llevó al comedor. Allí dijo a todos que su hijo se casaría con la hija de un humilde campesino. Pero las otras muchachas no se iban a dejar. Se pusieron recelosas.

—Ella no es más que una campesina —dijeron—. ¿Cómo puede Jaime pensar en casarse con ella? —y se rieron.

—¿A cuánto me deja sus zanahorias? —preguntó una.

—¿Y sus chícharos? —se burló otra.

Pues Carmela no pudo aguantar. Sacó su bastón mágico y dijo:

—¡Que estas señoritas aprendan buena educación! El bastón voló de sus manos y con un ¡zac! y un ¡cuaz! y un ¡bum, bum, bum!, dio su buena tunda a esas muchachas altaneras.

Pero el buen trabajo del bastón no paró ahí. Después de su casamiento con don Jaime, Carmela dejó sus cosas mágicas en el altar de Santa Teresa. Cuando los soltó, el bastón volvió a brincar de nuevo y con un ¡zac! y un ¡cuaz! y un ¡bum, bum, bum!, corrió a esos brujos hasta el otro mundo de donde vinieron y de donde nunca podrán regresar.

Carmela vivió feliz en la hacienda muchos años. Tuvo muchos buenos niños para montar la burrita encantada. Cuando esa burrita murió, la sepultaron como una persona, en medio del patio. Un árbol nació de su sepulcro y dio sólo un fruto del tamaño de un melón. Al abrirlo, encontraron un libro dentro. En ese libro estaba el cuento de los brujos y la burrita y doña Carmela, con todo escrito tal como pasó.

*Y colorín, colorado,  
este cuento se ha acabado.*





**E**n San Miguel Tejocote la tierra es oscura y buena. Cuando el arado la quiebra, pedacitos de trastes saltan a la vista. Dicen que los antepasados rompieron esos trastes desde hace muchísimo tiempo. Algunos los pintaron con líneas rojas o les pusieron la cara de algún animal o persona.

Hace tiempo, un niño y su hermanita encontraron un pedazo de traste que tenía la cara sonriente de un anciano. Que parecía don Paciano, así que corrieron a la casa del carbonero para preguntarle de ello.

—¡Ajá! —respondió don Paciano—. Es la cara del Anciano de la Montaña. Ese con quien se encontró el niño Matías.

—¿Cuál Matías?

—Un niño que ustedes no conocen —les dijo don Paciano—. Fue en los días de castillos y reyes cuando Matías era un niño de su edad. Su mamá y su papá habían cerrado los

ojos para siempre y un primo vino a vivir con él en su ranchito. El primo cultivaba los campos y Matías cuidaba de algunos borregos y chivos. Era muy chico como para ayudar con lo demás.

Durante algún tiempo los dos vivieron en paz pero sus buenos tiempos se acabaron cuando el primo decidió casarse. La esposa era muy egoísta y quería todo para ella misma. Provocaba pleitos entre los dos muchachos.

—Matías no me quiere ayudar —se quejaba—. Matías no me obedece, el niño trató de complacerla pero a esa mujer nada la contentaba. Al fin, ella le dijo a su marido—: ¿Cómo puedes seguir trabajando para Matías? Nuestro ranchito no puede sostener a todo el mundo. El escuincle sólo causa riñas aquí.

—Pero el rancho era de su papá —explicó el primo—. Es suyo.

—Año tras año trabajaste para él —le



dijo la mujer—. Pagaste todo lo que le toca. Ya dile que se vaya.

—¿Pero adónde irá? ¡No tiene otro lado!

—Algo ha de encontrar. Si no se va él, yo me voy. ¡Tienes que escoger! Siguió quejándose y amenazando y por fin el primo consintió. Llamó a Matías.

—En estos años, yo te he dado de comer y te he vestido —le dijo—. Pero eso ya se acabó. Tienes que salir de aquí.

A la mañana siguiente, la esposa hizo algunas tortillas y el primo le dio a Matías tres reales, o monedas de plata.

—Ten estos reales —le entregó el primo—. Así podrás comprar comida hasta encontrar algún trabajo.

El primo llevó a Matías adonde había cuatro caminos.

—Aquí te dejo —le explicó—. Cada uno de estos caminos te llevará a diferente lado.

Escoge uno y empieza a caminar. ¡Que Dios te guíe!

—Gracias por todo —dijo Matías.

—Adiós —agregó el primo.

Al quedarse solo, Matías se puso a escoger su camino.

—Se ve bien este que cruza el río —pensó—. Pero tal vez debo ir arriba hasta las montañas o abajo al valle.”

Al fin tomó el camino para las montañas porque le pareció más bonito. Matías caminó toda la mañana sin ninguna novedad pero era la temporada de los aguaceros y el niño se hallaba en medio de la sierra cuando se nubló con nubes muy negras. Entonces empezó a chispear, luego los relámpagos y los truenos hacían temblar la tierra. El viento sacudió los árboles como hierbitas. Matías se asustó mucho pero no pudo hacer más que seguir caminando.





—¡Que Dios me ampare! —pedía—. Tomé este camino sólo porque me pareció más bonito. ¡Cómo me equivoqué!

Pero al caer apenas las primeras gotas, Matías vio un árbol raro ahí cerca. Sus ramas caían como un techado que llegó casi hasta el suelo. El muchacho corrió para meterse ahí. Apenas llegó cuando se soltó el aguacero y ¡hasta granizó!

—Hoy el árbol me salvó —dijo Matías—. Pero mañana ¿qué me ha de salvar? ¿Cómo voy a saber qué hacer?

Tenía mucha tristeza y también mucha hambre, así que sacó sus tortillas para comer. En ese momento, un perrito se metió debajo del mismo árbol. ¡Estaba todo mojado! Se sacudió y miró a Matías con ojos de tristeza.

—Pareces tan perdido como yo —dijo Matías— y a lo mejor tienes hambre también. Rasgó la tortilla y dio una mitad al perro.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó Matías pero luego dijo—: No perrito, has de tener tu dueño que te cuida y te da de comer. Quédate.

Matías tenía razón. Al terminar la lluvia, un anciano se paró frente al árbol y el perrito se juntó con él. El anciano se sostuvo en su bastón y sonrió.

—¡Hola buen niño! —saludó—. ¿Adónde vas?

—¡Quién sabe! —le contestó Matías—. Ya no tengo casa.

El anciano inclinó la cabeza como si supiera. A pesar de la lluvia; ni él ni su ropa estaban mojados. Seguramente era magia pero Matías no se fijó. Creyó que sólo era un buen anciano. Nunca pensó que fuera otra cosa más.

—¡Si supiera dóndeirme! —le dijo—. Pero soy un niño. ¿Cómo voy a saber de esas cosas? —miró la cara del anciano, le pareció muy viejo y muy sabio—. Usted debe de saber mucho —agregó—. ¡Aconséjeme!

—Sí niño —dijo el anciano—. Pero tenemos que pagar por todo en este mundo. ¿Cómo piensas pagar mis consejos?

Matías le mostró uno de sus reales.

El anciano lo tomó y le platicó:

—Mi consejo es: “En el país que fueres, harás lo que vieres”. Si sigues este consejo, estarás en paz con todos y también aprenderás muchas cosas buenas.

—¡Seguro que lo seguiré! —exclamó Matías—. ¿Pero no me puede dar usted otro consejo más?

—Sí —asintió el anciano—. Pero otro consejo vale otro real.

—Eso es justo —dijo Matías y le dio otro real al anciano.

—Mi segundo consejo es: “No dejes camino real por tomar vereda”. Si te acuerdas de este consejo te ayudará en toda la vida.



—Ya solamente me queda un real —dijo Matías.

—Y yo, solamente un consejo más para ti. Si lo quieres saber tienes que pagarme ese último real.

—Si quiero saber —agregó Matías— y puso su última moneda en la mano del anciano.

—Con el sudor y esfuerzo ganarás tu almuerzo. Este es mi tercer y último consejo. Al seguirlo, estarás en paz contigo mismo. Eso es siempre lo más importante.

—¡Muchas gracias! —exclamó el niño. El anciano sonrió y devolvió los tres reales a Matías.

—Quédate con ellos —dijo—. Los vas a necesitar en tu viaje. ¿Te gustaría tener un perrito?



—¡Ay, sí! —gritó Matías.

—Bueno —dijo el anciano— te doy el mío. Se llama Tonalí. Cuida de él, el anciano le dio un cuero con agua y le dijo—: Llena esto con pura agua de lluvia. Cuando el perrito tenga sed hazle un totozcometl con tus manos, y le enseñó como juntar sus manos haciendo una taza para guardar el agua—. Así le darás de beber —también le dio su bastón—. Y toma esto —dijo—. Te ayudará mientras sigas mis consejos.

Matías agarró el bastón que era un poco más alto que él y dio las gracias al anciano. Entonces el niño y el perro Tonalí se bajaron de la sierra y allí se encontraron en otro reino. Caminaron varios días. El niño pidió trabajo en los ranchitos y las haciendas pero no lo halló.

—Eres demasiado chico —dijeron—. Un niño no puede trabajar como un hombre.

Después de dos días de caminata, llegaron a la capital del reino.

El rey de esta ciudad tenía varios buenos hijos, pero su hija la más chica, la princesa Yolanda era muy traviesa. Siempre hizo lo que le dio la gana. No obedeció a nadie más que al mismo rey y eso no siempre.

—¿Qué va a pasar cuando me muera? —había dicho el rey a sus otros hijos—. Yolanda no obedece ni siquiera a sus hermanos mayores. Si no tiene un marido para que la cuide, ¡acabará con todo el reino!

—Muchos príncipes extranjeros han pedido su mano —dijo una de las princesas mayores.

—¡No, no! —exclamó el rey—. ¡Si se casa con un rey o un príncipe tendremos una guerra! Tengo que hacer algo pero, ¡eso no! —pensó un rato—. ¡Ya sé! —dijo al fin—. ¡Que desfilen toditos mis soldados y el que marche mejor, el más derecho y

firme, ese se casará con la princesa al día siguiente! Un hombre así la cuidará y el reino será feliz.

Los hermanos de Yolanda estaban muy apenados por ella. A pesar de todo era buena muchacha y todos la querían.

—Es sólo una chiquilla —le dijo el hermano mayor.

—¡Es una fiera! —respondió el rey—. Siempre debe tener quien la cuide. Se hará como te dije. ¡Prepara la tropa!

Así que anunciaron el desfile y arreglaron todo para las bodas reales. La princesita Yolanda lloró y lloró pero el viejo rey no le hizo caso.

Era el día siguiente que llegaron Matías y Tonalí a la capital. Matías pensaba buscar trabajo pero no encontró a nadie en las calles de la ciudad. Por supuesto que no encontraron a nadie en las calles. Todos se fueron al palacio desde temprano para ver quién ganaba la princesa.

—¡Qué gente más extraña! —dijo Matías al perro—. Todo el día están en sus casas. Llegaron casi a la plaza mayor y ni una persona vieron. El anciano me aconsejó—: En el país que fueres harás lo que vieres, le recordó el niño a Tonalí—. Debo hacer lo que hacen aquí pero ¿cómo puedo meterme en casa, si casa no tengo?

En ese momento sonaron mil tambores. ¡Rum-pa-dum, Rum-pa-dum! Más fuerte que cañones. La calle se llenó de soldados marchando.

—¡Ajá! —dijo Matías a su perrito—. ¡Así es como hacen! ¿Pero qué hago yo? Con todo su *rum-pa-dum*, ¡a ver si no me pisan! ¡Tendré mucho cuidado!

En eso, el perro Tonalí se puso tan derecho y orgulloso como almirante y empezó a marchar como los soldados.

Al ver cómo hizo su perrito, Matías levantó el bastón como si fuera su rifle. Cuando ese bastón tocó su hombro, el niño empezó a marchar más recto y firme que ninguno. ¡Rum-pa-dum, Rum-pa-dum! se fueron todos al palacio.

El rey estaba en su balcón con la princesita llorando a su lado. ¡Imaginen su sorpresa! ¡Ahí estaba un niño marchando mejor que todos los demás!

—¡Ese es mi yerno! —dijo el rey a todos.

La princesita Yolanda vio a Matías, un niño de su edad y marchando firme y orgulloso. Dejó de llorar y se puso contenta. Sabía que un niño tan valiente sería muy buen esposo.

Se casaron al día siguiente.

*Y colorín, colorado,  
este cuento se ha acabado.*

Pero don Paciano dijo al niño que escuchaba el cuento: Matías siguió solamente un consejo.

—¡Había más consejos que uno!  
—exclamó su hermanita.

—Y más días que hoy para contar de ellos —don Paciano se rió—. Mañana les contaré lo demás.





**D**espués de casarse con la princesa Yolanda, el niño Matías vivió en el palacio del rey con su esposita por algún tiempo —contó don Paciano—. Le dieron toda clase de comida y ropa fina. No hizo más que tronar los dedos y los sirvientes corrían a ver qué pedía. Pero luego empezó a sentirse triste.

—¿Qué me sucede? —preguntó a su perro Tonali—. Paso los días mirando por

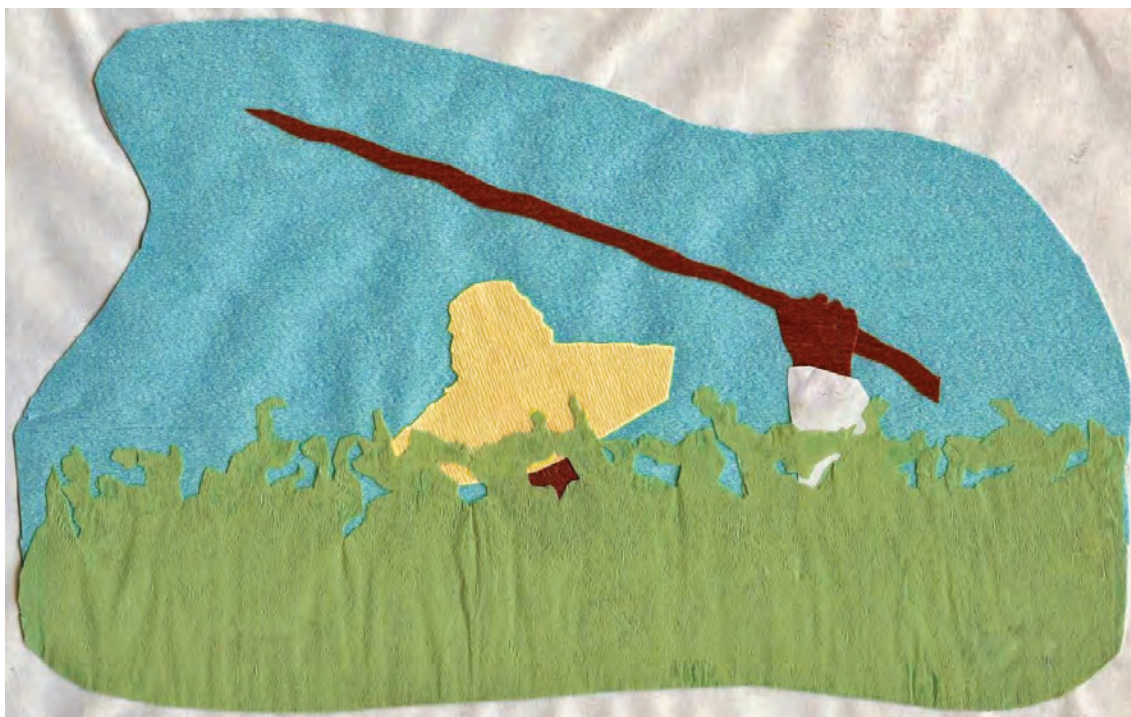
la ventana y en la noche no duermo bien.

El perrito se fue corriendo y rápido regresó con el bastón del anciano de la montaña. Matías se reía al verlo. —Quieres que te lleve a pasear?— le preguntó. Tonali dejó el bastón y se puso a rascar el piso.

—¿Trabajo? —dijo Matías—. ¿Eso es lo que dices? ¡Sí trabajo! El anciano dijo:

Con el sudor y esfuerzo, ganarás tu almuerzo.





—No he trabajado para nada de esto.  
¿Cómo va a ser mío? ¡Sólo con el trabajo me pondré feliz!

Matías llamó a la princesita Yolanda.

—¿Qué pasó con mi ropa que traje?

—¿Esos trapos viejos? —cuestionó ella—. Los echaron con las telas para sacudir.

—Traímelos —pidió Matías—. Salgo mañana para trabajar.

—¿Por qué trabajar? —agregó la princesa—. Si aquí tienes todo.

—Yo tengo que trabajar. Hazme unos tacos para hoy y mañana. Me voy muy lejos para que la gente no sepa quién soy.

—¡No, no, no! —suplicó la princesa—. Mi esposo no debe trabajar. Mi esposo es hijo del rey, y el hijo del rey es un príncipe, y un príncipe nunca hace nada. Ya no eres campesino.

Corrió a decirle a su papá pero el rey tomó el lado de Matías.

—Este es un buen niño —dijo—. Se da cuenta que debe ganar su pan. Cualquier rey tiene que estar contento con un yerno así.

Entonces la princesa sacó la ropa de Matías y al día siguiente le preparó el itacate. Matías prometió regresar el domingo, y él y Tonali se fueron.

Caminaron un buen rato y allá por la tarde, al bajar de un cerro, el camino daba una vuelta grande. Se vio abajo como un plantío de alfalfa y una vereda atravesándole. A Matías le pareció que esa vereda era la llegada más corta. Por ahí se fue sin pensarlo más, pues se le había olvidado el segundo consejo del anciano “No dejes camino real por tomar vereda”.

Cuando salieron del camino, el perrito Tonali empezó a ladrar y correr alrededor de Matías para avisarle del peligro.

—¡Perro loco! —le dijo Matías—. ¿Qué andas haciendo? ¡Me vas a tirar! —y no le hizo caso.

Al principio, la vereda estaba ancha pero fue haciéndose más y más angosta. Aún peor cuando llegaron al plantío, no fue alfalfa.

Resultó ser un matorral espinoso más alto que Matías. El perrito se paró y no quiso meterse.

—Yo voy primero y te llamo —explicó Matías a Tonalí—, así llegas conmigo.

El niño entró en el matorral. Las espinas se pegaron a su ropa y le rasguñaron la cara y los pies. Al tratar de abrirse paso, se atoró el bastón del anciano y se perdió.

—¡Ahora sí se me puso feo! —dijo Matías y se volteó, pero las espinas se habían cerrado atrás. No veía por dónde pasó ni siquiera. Hizo la lucha para regresar pero no halló a Tonalí. Ni siquiera encontró la orilla del matorral.

Quiso salir por un lado y luego por el otro. Al fin se dio cuenta de que estaba perdido. Hasta entonces, las palabras del anciano sonaron de nuevo en su cabeza “No dejes camino real por tomar vereda”.

—¡Ay! ¿Por qué no me acordé? —se lamentó—. A lo mejor nunca saldré de aquí.

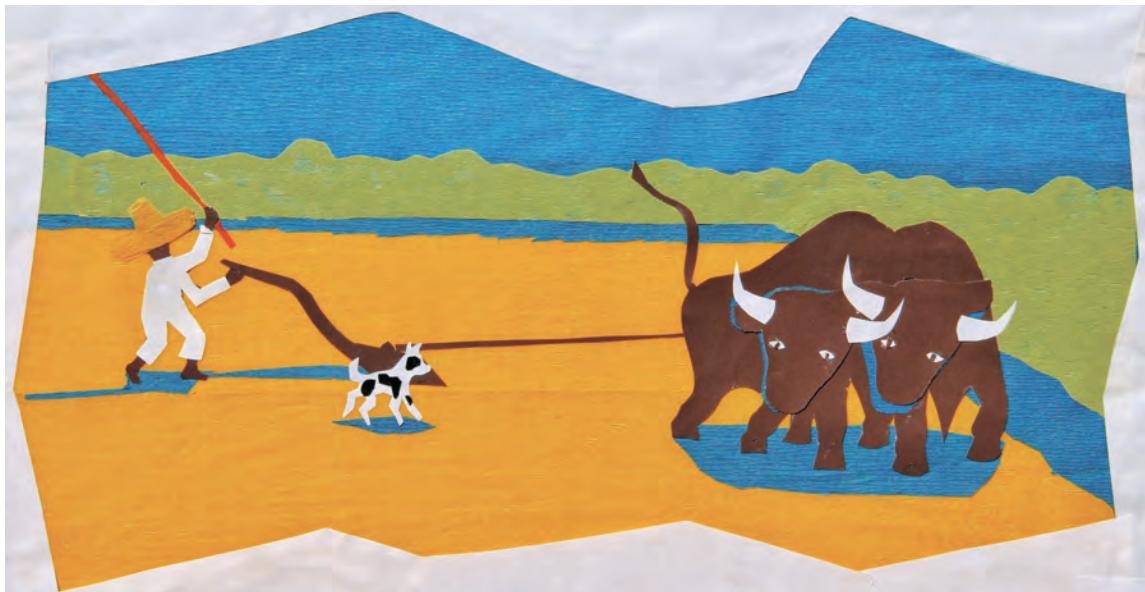
¡Sí me zafo de estas espinas nunca olvidaré los consejos del buen anciano!

En eso, oyó ladrar a Tonalí y se fue por ese lado. El perrito ladró y ladró y Matías se fue acercando. Las espinas le rasguñaron mucho sus tobillos pero no le importaba. Sabía muy bien que se salvaría al llegar con el perro. Ya se estaba oscureciendo cuando Matías llegó a la orilla del matorral. Ahí estaba Tonalí aguardando. Luego se durmieron en el cerro debajo de las estrellas y, al día siguiente, regresaron al camino. Pero antes de partir, Tonalí se metió al matorral de espinas y regresó con el bastón del anciano.

Caminando Matías y su perro llegaron a la casa grande de una hacienda. Era casi como el palacio del mismo rey. Tenía varios patios y una caballeriza para cien caballos.

—Ha de haber trabajo aquí —comentó Matías a Tonalí pero cuando entraron por el zaguán, una voz gritó:

—¡Épale escuincle! ¿Adónde vas? No damos limosna aquí.





Era don Rodrigo, el mero hacendado, más orgulloso que un gallo y más canijo que cualquiera.

—Dispénseme señor —contestó Matías—. No pido limosna. Busco trabajo.

—¿Trabajo? —don Rodrigo se rió—. Aquí hay trabajo para hombres. No para escuincles como tú.

—Dispénseme señor —repitió Matías—. Debo ganar mi pan. Puedo hacer lo que usted quiera.

Matías le pidió y le pidió hasta que hizo enojar a don Rodrigo.

—Bueno escuincle —exclamó—. Si tanto pides el trabajo, ¡te lo voy a dar! —llamó al mayordomo de la hacienda—. Trae los dos toros más grandes y bravos que hay y dáselos a este escuincle.

—Lo pueden matar patrón.

—¡Ojalá que sí! —dijo don Rodrigo—. Eso lo callará. Él no era muy bueno y no le importaba.

El mayordomo hizo todo tal como don Rodrigo le ordenó. Él y cinco hombres más reunieron a los dos toros más grandes y bravos que tenían. Después le dijo a Matías que los llevara al campo como si nada. ¡El chasco que se dio! Matías no más levantó el bastón del anciano y esos toros se fueron como si el mismo Dios los mandara. Dentro de un ratito, Matías los tenía arando.

Toda la semana, el niño trabajó con esos toros. El domingo regresó al palacio del rey pero, al día siguiente, estaba de nuevo en la hacienda. El niño siguió el consejo del anciano. Hizo todo tal como los demás trabajadores de ahí. Todos estaban muy contentos con él.

El mayordomo no contó nada de Matías a su patrón. Don Rodrigo no iba seguido al campo así que el niño trabajó varias semanas



en paz. Pero llegó el día en que don Rodrigo fue a ver cómo progresaba el trabajo. Apareció un rato, antes del almuerzo. Cuando vio a Matías se enojó.

—¿No te dije que corrieras a ese escuincle? —gritó al mayordomo.

—Dispéñseme patrón. Me dijo usted: ¡a darle los toros bravos! Le di los toros más bravos que había. ¡Mire usted como trabajan esas fieras!

—¿Cómo los domina? —preguntó don Rodrigo.

—Sólo Dios sabe patrón —le dijo el mayordomo—. No hay otro aquí que lo pueda hacer. Cuando se acerca a la orilla levanta su palo y grita algo y voltean.

Don Rodrigo vio a Matías como volteaba a los toros.

—Debe ser una trampa —dijo al mayordomo—. Arrímate y oye lo que dice.

El mayordomo se arrimó ahí y regresó con don Rodrigo rascándose la cabeza.

—Es una rima —contó al patrón—. Dice: ¡Vuelta buey, que soy hijo del rey!

Don Rodrigo se enojó aún más.

—¡Ahora sí! —dijo—. Hasta acá viene a burlarse del rey. ¡Eso sí que no!

Don Rodrigo se fue hasta donde estaba Matías; los trabajadores iban pasando camino a su almuerzo y se quedaron a ver lo que pasaba.

—Dime señor escuincle —preguntó don Rodrigo—, ¿qué les gritas a los bueyes a la hora de voltear?

—Dispéñseme señor —contestó Matías—. Les digo: ¡Vuelta buey, que soy hijo del rey! Es que me casé con la hija del rey así que soy su hijo.

Todos los trabajadores se rieron pero no don Rodrigo.

—¡Chango malvado! —gritó—. ¡Haces burla de tu rey!

—Dispéñseme señor pero así es.

—¡Di la verdad!

—Es la verdad patrón.

Don Rodrigo se enfureció y le iba a pegar a Matías con el fuste del caballo pero el perro Tonali estuvo cuidando. ¡Grrrrr! —hizo—. Tomó el fuste en el hocico y corrió. Pero don Rodrigo se enojó más.

—Bueno señor escuincle —dijo y puso mano a su pistola—. Vamos a apostar. Dices que eres el hijo del rey. Si puedes probarlo, yo te daré toda mi hacienda, mi casa y todos mis caballos de pura raza. Pero si no puedes comprobarlo, ¡te fusilaré! Ahora ¿qué dices?

Don Rodrigo sonreía con los demás. Estaba seguro que Matías se echaría para atrás pero el niño le dijo:

—Yo soy el hijo del rey.

—Tienes hasta estas horas de mañana para probármelo —dijo don Rodrigo—. ¿Bueno? y estrechó la mano de Matías.

—¡Juega! —respondió Matías— y se fue.

—¡Huye! —los otros trabajadores le pidieron a Matías—. Es un matón. Seguro que mueres si te quedas aquí.

Matías sí se fue pero sólo por la noche. Partió para la capital y avisó a su esposa.

—Mañana a mediodía me traes mi almuerzo allá en el campo.

No le dijo nada más para no asustarla.

En la mañana regresó a la hacienda. Don Rodrigo se sorprendió cuando dijeron que allí estaba Matías.

—Se hubiera cuidado —dijo el mayordomo—. Ahora seguro que lo mata.

A la hora del almuerzo, don Rodrigo llegó al campo. Toda su gente se acercaba.



La princesa Yolanda no aparecía.  
Don Rodrigo sacó la pistola.

—Ayer apostamos —desafió a Matías—.  
Yo aposté mi hacienda y tú apostaste la vida.  
Ya es hora de pagar. ¿Me puedes probar  
que eres hijo del rey? —se rió y levantó la  
pistola—. Uno, dos—contaba.

—¡Tacatatata! —sonó una corneta.

—¡Se acerca la carroza real! —gritó  
alguno.

Y así era. Se bajó la princesita Yolanda  
y abrazó a Matías; luego puso el mantel real  
en la orilla del campo.

Don Rodrigo tiró su pistola al suelo  
y dejó su caballo. Salió caminando de la  
hacienda, que su orgullo lo había perdido  
para siempre. Matías y su princesita vivieron  
en la hacienda y fueron muy felices.

*Y colorín, colorado,  
este cuento se ha acabado.*



*Tejocote. Cuentos de la Sierra Mexicana,*  
con un tiraje de 500 ejemplares,  
se terminó de imprimir en diciembre de 2024  
en Impresión y Diseño, S.A.  
Suiza 23 bis, col. Portales Oriente, C.P. 03570,  
alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México.













Red de Docentes  
Transdisciplinar  
de México S.C.  
Educar con sentido humano



Distribución gratuita